

Memoria, testimonio y desideologización en la literatura de la represión política en Bolivia

Cleverth C. Cárdenas Plaza¹

Docente investigador Carrera de Literatura-UMSA

Docente investigador del IEB-UMSA

Correo electrónico: c2cardenas@yahoo.com

ORCID: 0009-0000-0152-7574

DOI: <https://doi.org/10.53287/ayrn7073cw28a>

Resumen:

Este artículo analiza la narrativa boliviana producida durante el periodo dictatorial del siglo XX, proponiendo tres ejes para su interpretación. Primero, la doble exclusión revela cómo el racismo y el colonialismo interno operan incluso en espacios de izquierda, superponiéndose a la represión militar. Segundo, el estado mafioso desideologizado muestra que el poder dictatorial prioriza el lucro ilícito sobre principios ideológicos, reduciendo a colaboradores y víctimas a *nuda vida*. Tercero, la novela funciona como memoria social y recurso terapéutico, procesando traumas mediante una escritura que desacraliza la literatura y la devuelve a su condición humana. El análisis del corpus evidencia las contradicciones profundas de la sociedad boliviana.

Palabras clave: literatura de la represión, dictadura, estado de excepción, desideologización, memoria, *nuda vida*.

1 Cleverth Carlos Cárdenas Plaza, es Doctor en Estudios Culturales Latinoamericanos y M. Cs. en Estudios de la Cultura con mención en Políticas Culturales por la UASB-Ecuador y Licenciado en Literatura por la UMSA-Bolivia. Docente investigador de la UMSA. Publicó en coautoría: *Jóvenes y política en El Alto. La subjetividad de los Otros* (2007), *Identidades y territorios indígenas. Estrategias identitarias de los tacana y ayoreo frente a la ley INRA* (2003), *Realidades Solapadas. La transformación de las polleras en 115 años de fotografía paceña* (2015) y *Gran Poder la Morenada* (2009). Tiene más de 40 publicaciones entre artículos y libros (<https://scholar.google.com/citations?user=Vu70O7cAAAAJ&hl=es>) y escribe regularmente la columna *Memoria nómada* en el periódico Página Siete. Actualmente reside en La Paz, Bolivia.

Memory, Testimony, and De-Ideologization in the Literature of Political Repression in Bolivia

Abstract

This article analyzes Bolivian narrative produced during the dictatorial period of the twentieth century, proposing three interpretative axes. First, *double exclusion* reveals how racism and internal colonialism operate even in leftist spaces, overlapping with military repression. Second, the *de-ideologized mafia state* shows that dictatorial power prioritizes illicit profit over ideological principles, reducing collaborators and victims to *bare life*. Third, the novel functions as *social memory and therapeutic resource*, processing trauma through a form of writing that desacralizes literature and returns it to its human condition. The analysis of the corpus reveals the deep contradictions of Bolivian society.

Keywords: repression literature, dictatorship, state of exception, de-ideologization, memory, bare life.

Fecha de recepción: 30 de marzo de 2026

Fecha de aceptación: 18 de abril de 2026

Desgarrado y vencido por las frutas,
En el exilio, triste, voy sufriendo
el hambre de mi pueblo en mis penurias.

Pedro Shimose
(1972, "Quiero escribir, pero me sale espuma")

El periodo de la Revolución Nacional concluyó abruptamente en 1964. Ese año, Bolivia experimentó un golpe de Estado perpetrado por el entonces vicepresidente René Barrientos Ortuño contra el presidente Víctor Paz Estenssoro, quien estaba en su tercer mandato. Barrientos, compañero de fórmula de Paz Estenssoro en 1960, aprovechó el creciente descontento popular y militar hacia las políticas del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR). Este militar, exacerbó el sentimiento sobre algunos factores sociales conflictivos como las políticas económicas de austeridad implementadas por Paz Estenssoro, la centralización del poder por parte del gobierno y el cre-

ciente autoritarismo con el que Paz se repostuló ilegalmente. Esta retórica opositora al presidente posibilitó, o procuró legitimar, que su propio vicepresidente plantee la necesidad de un golpe de Estado que redirigiera al gobierno. Las tensiones con los sectores obreros, campesinos y militares estaban dadas y el 4 de noviembre de 1964, Barrientos, con el respaldo de altos mandos de las Fuerzas Armadas y sectores populares descontentos, traicionó y derrocó a Paz Estenssoro y asumió la presidencia junto al general Alfredo Ovando Candia por medio de una junta militar. Este golpe de Estado marcó el fin del ciclo reformista del MNR y dio inicio a un periodo de gobiernos militares en Bolivia que redefinirían la política nacional en las siguientes décadas (Mesa, Gisbert et al., 2007).

Sin embargo, aquello que inició como un intento de ser más populista que el gobierno populista, que paulatinamente devino en otro autoritarismo, fue migrando hacia un autoritarismo radical. De hecho, la angurria de poder de ciertos jerarcas militares, soliviantados por una red internacional liderada por la CIA y otros organismos de inteligencia, transformó la reconducción momentánea -el Estado de excepción- en una situación permanente. De ese modo, el acceso violento al poder estatal se extendió desde el golpe de Barrientos (1964) hasta la conclusión del gobierno de García Mesa entrados los ochenta (1983), cuando por fin retornó la democracia.

Por otro lado, el país atestiguó la emergencia de contra-discursos protagonizados por individuos anónimos: estudiantes, fabriles, aquellos que se suele denominar “pueblo.” No podemos olvidar la intervención de algunos intelectuales y líderes políticos y sindicales que, en más de una ocasión arriesgaron sus vidas, pusieron en peligro a sus familias, su estabilidad económica e, incluso, su libertad para enfrentarse al poder estatal de facto. Aunque se puede escribir mucho sobre estos temas esta breve intervención está dedicada a la literatura producida a propósito de ese periodo. Y, aunque es un lugar común para la crítica literaria recordar la desvinculación entre realidad y ficción, pienso, y lo digo así en primera persona, que la literatura escrita a propósito de este contexto no puede abstraerse de ese vínculo, porque no reconocerlo, parafraseando la canción de Benjo Cruz, sería cobardía.

Aunque ahora estas consignas parecen panfletos políticos, hubo una época en que se luchaba y moría por tales causas. En esas circunstancias, algunas obras literarias, concebidas como otra arista de las luchas emprendidas por el pueblo, son parte de esta reflexión. Esta pesquisa bien podría referirse a “la generación de la represión,” tal como llamó Ángel Rama a un grupo de escritores que, siendo víctimas o testigos de la represión política en los convulsos años de las dictaduras, terminó escribiendo sobre ella. En el caso boliviano, si buscamos un grupo homogéneo y organizado de escritores, es probable que esa generación no se hubiera consolidado dentro del país, pues

la mayoría callaba, se exiliaba o desaparecía. Sin embargo, en la obra dispersa de varios autores es posible identificar algo equivalente. Precisamente, este es un intento de rastrear las pistas que los autores dejaron para intentar una articulación, ya no de una generación, sino de un corpus: un conjunto de obras que aluden al tema de la represión.

La literatura sobre la represión política en Bolivia involucra el entrecruce de diversos conjuntos literarios como la literatura minera, la literatura de la guerrilla y, el corpus que presentamos, por razones metodológicas y de espacio, es el correspondiente a la literatura sobre la represión política en las ciudades. La literatura latinoamericana de finales del siglo XX experimentó, a decir de Julio Ortega, una transformación significativa; en un artículo,² describe que los escritores, enfrentados a la crisis de la década de 1970, retornaron a una dimensión más crítica respecto al pasado reciente. De hecho, Ortega sostiene que:

En esa crisis múltiple de los años setenta, el rol intelectual creativo no podía sino retornar a su más cierta dimensión crítica. La persecución, el exilio, la desmoralización política, son la dura experiencia social del escritor otra vez prohibido y nuevamente enemigo activo del poder regresivo que se recomponía. (Ortega, 1980: 164).

De ese modo, algunas intervenciones literarias quedaron signadas por los acontecimientos políticos, mientras muchas otras abstraían la realidad y seguían dentro del registro ficcional. Algo parecido ocurrió con la crítica literaria, quizás porque no es posible recordar este periodo sin estremecerse, quizás porque tenemos muertos y perseguidos políticos entre los cercanos, quizá porque no somos capaces de abstraer y escribir con objetividad sobre la violencia política y estatal, quizás por eso esta intervención procurará ceñirse al acto literario, aunque es imposible olvidar el lado humano de los escritores y sus personajes. Pero ya entrando en tema, una revisión preliminar de la literatura a propósito de ese periodo permite identificar que la misma describe sujetos (protagonistas o personajes) asediados, perseguidos, se representan desobjetivados por sus ocasionales rivales, para quienes sus vidas o su existencia era un peligro (Cárdenas, 2022); pero también personajes capaces de resistir y luchar por unos ideales en los que se les iba la vida; además, valga la aclaración, identificamos que esta literatura contestataria - como podrán observar ya le pusimos nombre- fue escrita y muchas veces publicada durante el periodo autoritario (1964-1979).

2 Parece que hubo un error cronológico: la *Revista Iberoamericana* publicó el artículo el año de 1980, pero el título describe la literatura de la década de los ochenta. Revisando el artículo nos percatamos que trabaja y describe la literatura de la década de 1970.

Como fuere, está claro que la publicación y redacción de este corpus a analizar involucraba, en su momento, ponerse en situación de riesgo. ¿No es acaso la violencia estatal uno de esos actos que altera la vida, no solamente la rutina sino la tranquilidad de todos los ciudadanos, involucrándonos de manera directa o indirecta? Por eso o quizá en contra de todo eso, es que para esta intervención nos surgió la pregunta ¿de qué manera la representación literaria de la desubjetivación en las novelas de la represión política boliviana fractura el discurso oficial del estado de excepción e interpela como un contra-discurso?

Estado del arte

Mucho se ha escrito respecto al periodo histórico, mucho se ha militado, mucho se ha condenado, pero fueron pocas las intervenciones que se dedicaron a analizar la literatura de la época o a propósito de la coyuntura y su conflictivo vínculo con la realidad.

Javier Sanjinés utiliza la categoría de grotesco social para explicar cómo la literatura capta las “situaciones absurdas” y los “horrores de la incomunicación” producidos por un Estado que ha eliminado las mediaciones democráticas. Aunque su reflexión inicia con los antecedentes de la violencia política, que son identificados en obras como *Los deshabitados* (1957) y *Cerco de penumbras* (1957). Libros escritos y publicados siete años antes del inicio de los golpes militares, pero inscritos en lo que él llamó dentro del contexto de la frustración revolucionaria, momento en el que el autoritarismo post 1952 había cobrado mucha fuerza, dando inicio a un periodo represivo profundo.

Ya en contexto dictatorial, Sanjinés identifica una “literatura del exilio interior”, en la que los escritores, aunque permanecen en el país, se distancian moralmente de la cultura oficial autoritaria y rehúyen la confrontación. En una especie de quite al movimiento autoritario y al estado de excepción los escritores optan por el “exilio interior”, parece sugerir Sanjinés. Por ejemplo, *Estrella segregada* de Cerruto destruye los símbolos de cohesión nacional (como el Illimani) para mostrar una nación “segregada” y en duelo, de ese modo, la literatura experimenta una especie de “clausura social”. El análisis se articula en torno a un conjunto preciso de textos que reflejan la “clausura social” y los “contradiscursos” de la época. De ese modo, *Del tiempo de la muerte* (1964) de Edmundo Camargo, puede ser descrita como poesía vanguardista que cierra el ciclo de la “frustración revolucionaria” y marca el inicio de una visión grotesca y agónica de la realidad. Y ya en *Vértigo o el perro vivo* (1968) de Gastón Suárez, pieza teatral, se utiliza la metáfora de una familia fragmentada para mostrar la incomunicación y el desequilibrio social

bajo el autoritarismo. El análisis de Sanjinés concluye con *El paraje del Tío y otros relatos mineros* (1979, escritos entre 1973-1976) de René Poppe. Cuentos que exploran la “subterrneidad” y la mitología minera como resistencia cultural. Procurando comprobar con ello, ese exilio interior. Aunque Poppe es mucho más claro en su denuncia, quizás por ello sus personajes casi siempre huyen a interior mina.

Adolfo Cáceres Romero, en la “Guía para el profesor y el alumno” de *Los vulnerables* (1973), novela de Gaby Vallejo, aboga por una literatura comprometida con la realidad social. Luis H. Antezana, en “La novela boliviana en el último cuarto de siglo” (1985), identifica una evolución en la novela urbana hacia técnicas narrativas más elaboradas. Entrando más en tema, Ana Rebeca Prada, en “El cuento contemporáneo de la represión en Bolivia” (1985), analiza cómo el contexto histórico llevó a los escritores a usar su obra como instrumento de denuncia. Prada señala que “la violencia de su correspondiente abordaje literario convierte al escritor en militante de arma sutil que va minando poco a poco el terreno de las letras bolivianas” (Prada, 1985: 58). Alfredo Medrano, en la introducción a *El Quijote y los perros* (1979), describe una “cadena antagónicamente simbiótica” entre represión y literatura. Argumenta que, mediante el compromiso político, los escritores pueden “desacralizar la literatura y devolverla a su condición humana” (Medrano, 1979: 12). Es interesante observar que estas lecturas muestran que una parte de la literatura de este momento regresa a las circunstancias, es decir, a esa especie de naturalismo, esa urgencia tan cuestionada y tan conjurada. Sin embargo, quienes brindan una pista para comprender una renovación son Antezana y Prada. Antezana se percata que las historias contadas por este corpus se llevan a cabo, mayoritariamente, en el ámbito urbano, y Prada explica que la cuentística lleva al cuestionamiento de las letras bolivianas mediante el “minado,” evidenciando que los significantes provocan nuevos significados y ya no se limitan a la denuncia, aunque detrás siempre radique el evento violento.

Por otro lado, la tesis de Frida Oswald, *Testimonial literature of the dictatorships: Argentina, Bolivia, Chile and Brazil. A comparative study* (2008), analiza cómo la “literatura testimonial”, vinculada a las dictaduras, narra aquello que ella denomina la “historia oprimida”. Oswald observa que muchas de estas narrativas se produjeron años después de los eventos, revelando así las dificultades inherentes al procesamiento de un pasado traumático. Sin embargo, cabe aclarar que las novelas objeto del presente trabajo —a diferencia del corpus analizado por Oswald— se produjeron casi en la misma época de los hechos narrados, aunque sus respectivas publicaciones hayan tenido lugar durante los breves veranos democráticos o a la conclusión del periodo autoritario.

Oswald identifica un aspecto poco considerado en la bibliografía especializada: estas narrativas se produjeron con posterioridad a los eventos, en algunos casos incluso dos décadas después. Su revisión compara textos inmediatos y posteriores con el propósito de analizar cómo la dinámica de la memoria opera en el tránsito desde la proximidad hacia la posterioridad. En los textos literarios examinados, la autora analiza la memoria —tanto individual como colectiva—, las identidades en crisis y el trauma. Aunque no constituía un objetivo explícito de su investigación, Oswald encontró que la literatura testimonial se transforma en un recurso terapéutico mediante el cual los autores procuran curar y aliviar el peso de la experiencia represiva. Se trata, en síntesis, de un trabajo que explora panorámicamente el conjunto literario que se propone.

De este modo, volviendo a nuestro tema: la literatura de la represión en Bolivia, como parte de un fenómeno latinoamericano más amplio, merece un análisis más exhaustivo que hasta ahora no se ha realizado, en tal sentido, esta reflexión procura contribuir a esa reflexión sin dejar de lado que este corpus no solo refleja un período histórico turbulento, sino que también se ofrece como medio de resistencia cultural y un registro de la memoria colectiva. Un estudio más amplio que incluya otros géneros literarios e incluso las artes visuales podría ofrecer una comprensión más profunda de cómo la cultura boliviana ha procesado y representado este capítulo oscuro de su historia, pero esa será tarea de otra investigación.

Estado de excepción

En el contexto de Bolivia y América Latina, las dictaduras buscaron construir su legitimidad tanto a nivel nacional como internacional. Estas no se limitaron a la toma brutal del poder, sino que también emplearon tácticas de terror, respaldadas por ciertos apoyos internacionales que crearon un discurso destinado a legitimar estas acciones, llegando incluso a intentar conferirles un estatus jurídico.

Una de las herramientas legales que emplearon los gobernantes de facto fue el “estado de excepción.” Como señala Agamben al citar a C. Schmitt, “el estado de excepción, en cuanto actúa es ‘una suspensión del entero orden jurídico’” (Schmitt, citado en Agamben, 2003: 72), de tal modo que “parece ‘sustraerse a cualquier consideración de derecho’” (Agamben, 2003: 72). Esta figura jurídica fue instrumental para que estos regímenes no democráticos pudieran sobrepasar las normativas legales que protegían los derechos fundamentales de la población, incluyendo la misma Constitución. A pesar de cualquier crítica, Schmitt defiende esta postura y sostiene que “el estado de

excepción es siempre algo bien diferente de la anarquía y del caos y, en sentido jurídico, en él existe todavía un orden, incluso si no es un orden jurídico” (Schmitt, citado en Agamben, 2003: 72). De este modo, Agamben expone cómo Schmitt facilita una articulación entre el “estado de excepción” y el orden jurídico. Sin embargo, esto resulta paradójico, pues pretende inscribir dentro del derecho algo que esencialmente se sitúa en su exterioridad, dado que la dictadura y su base, el estado de excepción, suponen la suspensión de cualquier orden jurídico. Se trata de una aporía que sugiere que el orden impuesto por estos gobiernos ilegítimos es más importante que la propia legalidad que trascienden.

Schmitt distingue además entre dos tipos de dictadura: la soberana y la comisarial. La soberana no solo busca preservar el orden existente, sino que también intenta establecer un nuevo estado de cosas que permita imponer una nueva constitución o leyes fuera del marco legal general; en contraste, la dictadura comisarial se propone mantener el orden de forma temporal con el objetivo de facilitar un eventual retorno a la democracia. No obstante, más allá de lo discutible de estas tipologías, lo importante es que se habla abiertamente de dictadura y se intenta naturalizarla dentro del lenguaje jurídico. A través de este procedimiento, se busca normalizar la idea de que el estado de excepción pueda suspender el derecho.

Con el principio del estado de excepción los sucesivos gobiernos dictatoriales revistieron de un aura de legalidad a un tipo de gobierno *de facto*. No solo eso, con la excusa de una situación excepcional se prolongaron, por medio de sucesivos golpes y diferentes dictadores, por aproximadamente dos décadas en Bolivia (1964-1982). Y este periodo será el referente de los textos que analizaremos, sin embargo, la realidad es mucho más complicada: las sucesivas dictaduras tuvieron discursos ideológicos diversos e incluso contradictorios. El ejemplo más extremo es el gobierno de Juan José Torres que gobernó durante 10 meses e instauró la Asamblea Popular, una experiencia política populista y de izquierdas, naturalmente fue derrocado porque se lo consideraba peligroso. Su gobierno, excepcional, es sugerido en una de las novelas *La mala sombra* de Juan de Recacoechea.

De la biopolítica y desubjetivación al *homo sacer*

Otro aspecto central en la descripción de Agamben es la biopolítica, concepto que, siguiendo a Foucault, describe cómo la gestión política de la vida —es decir, el poder— no solo regula la esfera pública, sino también la propia existencia de la población. Un punto crucial para comprender esto es preguntarnos acerca de cómo el Estado inserta a los individuos en redes de

relaciones de poder a través de largos procesos de subjetivación. Es en este proceso donde radica la microfísica del poder, de hecho, en Foucault, el poder opera como una red de relaciones dispersas que produce subjetividades y sitúa a los individuos dentro del tejido social mediante dispositivos disciplinarios y procesos de subjetivación (Foucault, 2019). Sin embargo, Agamben adopta un enfoque más pragmático y sugiere que, además de la subjetivación, es fundamental considerar los procesos de desubjetivación. Refiriendo que la misma tiene un resultado concreto más agresivo, porque se trata de justificar la anulación del disidente. En este sentido, Agamben propone ver al sujeto como un campo de fuerzas atravesado por dos tensiones opuestas: la subjetivación y la desubjetivación. Concluye señalando que toda política de las identidades en relación con estos procesos es letal, incluso si se trata de la identidad del contestatario o del disidente (Agamben 2003, 17).

A propósito de la época, en una obra de talla en madera *Sin título*, Luis Espinal representó una metáfora potente de la desubjetivación. Representa un cuerpo fragmentado asediado por monstruos, una clara referencia a los cuerpos de las víctimas de la dictadura, el cuerpo se representa fragmentado por la acción destructiva del poder autoritario y bestial de la dictadura. De ese modo, simboliza la desintegración de los sujetos frente a un Estado totalitario. Esa vida no vale nada, está llevada al extremo de la desubjetivación. Lo paradójico y triste de esta denuncia es que más adelante el propio Luis Espinal sería ejecutado por orden de los órganos represores del Estado, la historia de esa ejecución fuera narrada en la novela *Toda una noche la sangre* de Juan de Recacochea, en la que se pone en evidencia la *vida nuda*. Entonces, la desubjetivación tiene un gran vínculo con el reconocimiento básico del amigo enemigo, idea desarrollada por Carl Schmitt, que supone el desplazamiento del contrincante o adversario a la exterioridad, lo que Agamben identifica como el *homo sacer*, concepto que aclararemos más adelante

Imagen I
Sin título



Fuente: Espinal, L. (2012). *Sin título* (s.f.). En *La luz de la memoria: catálogo*. Museo Nacional de Arte (MNA). Colección particular.

Precisamente, al examinar los procesos de desubjetivación, es posible entender cómo un régimen autoritario construye o destruye a sus opositores o disidentes. La clave radica en lo que Agamben describe como *nuda vida*, que podría definirse como un producto absoluto del poder, más que una referencia natural. Esta noción, que Agamben rastrea arqueológicamente siguiendo la metodología de Foucault, desde Aristóteles hasta Deleuze, postula que, desde el derecho romano, pasando por las leyes bonapartistas y el régimen nazi, hasta la Declaración de Derechos Humanos, “la *nuda vida* es un producto de la máquina y no algo preexistente a ella, así como el derecho no tiene ningún tribunal en la naturaleza o en la mente divina” (Agamben, 2003: 157).

Parte de este debate lleva a la resignificación del *homo sacer*, una figura del derecho romano primitivo utilizada para designar a un ser humano cuya vida carece de valor y puede ser eliminada sin que ello implique un castigo. Esta figura jurídica remite a quien su vida no puede ser ofrecida ni siquiera en sacrificio, ya que no tiene ningún valor. En una actualización de esta desubjetivación, Agamben concluye que figuras contemporáneas como el musulmán, el comatoso o el migrante ocupan este lugar. En este sentido, Agamben busca analizar cómo se ha producido esta desarticulación del sujeto de su propia esencia, más allá de cómo se inscribe o subjetiva a los individuos.

Por esta razón, la figura del *homo sacer* resulta fundamental, ya que permite comprender cómo se describe o comprende, dentro de la lógica de la

dictadura y de sus organismos de represión, al opositor o disidente. En sí, exhibe la ética del represor, del autoritario, del poder.

Política y cultura en la literatura de la represión de Bolivia

Identificado el tema, del modo cómo se trata al disidente, se hace necesario, sin embargo, ver qué pasa en casa. Para eso es relevante revisar, aunque sea brevemente, el proceso de producción de la literatura y el arte de la represión política, analizándola desde la reflexión de Zavaleta Mercado en su libro *El Estado en América Latina* (1990). Las pistas que ofrece este autor son valiosas para entender el significado y el trasfondo histórico de la resistencia a las dictaduras. Pero, ¿cómo se representa una política o una cultura política sobre la represión desde la literatura y el arte? Siguiendo a Zavaleta, podríamos inferir lo siguiente a partir de una cita “una determinación estructural está siempre revelada por su forma ideológica y la combinatoria de ambas, estructura e ideología, debe producir siempre una política” (Zavaleta, 1990: 113). En este sentido, proponemos que la persistencia de una narrativa, quizá un “generación” y una estética de la represión política evidencia la existencia de la determinación estructural que la posibilita; así, implícitamente, asumimos que subyace a esta narrativa una forma ideológica que evidencia una política. De este modo, la novela que representa la represión política estaría produciendo una política y, al mismo tiempo, sería consecuencia de una ideología. Este ensayo se propone describir la determinación estructural que subyace a esta narrativa.

Sin embargo, como señala Max Murillo, historiador que presentó una ponencia en un debate sobre las dictaduras, la vida política nacional, para ser más precisos, aunque esto amplía el espectro, o las relaciones sociales de estas tierras siempre estuvieron signadas por la violencia. Sí, Murillo se refiere a la violencia racial, a la violencia colonial, que siempre deformó las capas de las relaciones sociales, a veces “armónicamente”, para parafrasear a Irurozqui, aunque la mayoría de las veces de modo descarnado y brutal. Efectivamente, volviendo al periodo que nos compete, la represión, aquella, la más dura, la racial, fue siempre silenciosa o silenciada, incluso no se contaba como violencia. Mientras que la violencia perpetrada en las ciudades, a veces en los círculos de élite, era un poco más controlada, bastante publicitada y muchas veces combatida. También era violencia que merecía ser denunciada. Sobre esta última, fue sobre la que más se hicieron representaciones en la literatura, en la pintura y se dejó la otra como parte del paisaje y esa especie de “normalidad” que no es tan normal.

Como fuere, la violencia de los “golpes de Estado” cobraron más fuerza por medio del “estado de excepción”, del que hablamos al describir lo que

Agamben desarrolló. Las sucesivas dictaduras procuraban proyectar que ante el caos del contexto social, que muchas veces se sobredimensionaba, la solución debería ser “excepcional” y se trataba de sugerir una duración temporal corta. Lo cierto es que, con breves veranos democráticos, el país vivió en permanente excepción por casi 18 años. Y, regresando a Zavaleta, la construcción de la política es siempre el resultado de la tensión entre formas autoritarias y “movimientos democráticos”; en este sentido, se podría asumir que la cultura política no es pasiva, sino que a veces resulta de alguna imposición y, en otras, de complejas negociaciones dentro del contexto social. De ese modo, el recorrido analítico que proponemos permite identificar tres núcleos interpretativos que, en su articulación, ofrecen una perspectiva renovada sobre la literatura boliviana producida en el contexto de las dictaduras del siglo XX. Estos núcleos —la doble exclusión, el estado mafioso desideologizado y la función de memoria social de la novela— no operan de manera aislada, sino que se entrecruzan y retroalimentan, configurando un entramado conceptual que se diferencia de las lecturas dicotómicas tradicionales.

a) El “estado de excepción” en la literatura boliviana

Habíamos dicho que bajo el “estado de excepción”, el poder soberano suspende de manera deliberada el ordenamiento jurídico para intervenir sobre la población sin restricciones legales ni éticas. En este escenario, el opositor político es arrojado a la condición de *homo sacer*: un ser cuya vida ha sido despojada de todo valor legal y protección civil, quedando expuesta a ser eliminada con absoluta impunidad por los engranajes de la maquinaria represora. La literatura boliviana de este periodo documenta esta transformación del ciudadano en cuerpo biopolítico a través de narrativas crudas que exploran el quiebre de la subjetividad y la instalación de la violencia estatal.

En *Toda una noche la sangre* (1994), Juan de Recacoechea desarticula la noción tradicional del heroísmo político para explorar los márgenes degradados de la dictadura. La novela sitúa su arranque en las peripecias de Antonio Silavic, un sujeto que acaba de abandonar una clínica de desintoxicación y que deambula en un estado de ebriedad constante por los laberintos de la ciudad de La Paz. Su tránsito ocurre durante el breve e inestable interludio democrático que antecedió al golpe de Estado de Luis García Meza. Agobiado por una asfixiante precariedad económica, Silavic es reclutado por Jiménez, un siniestro operador político encargado de contratarlo para amedrentar al sacerdote jesuita Escandell —figura abiertamente inspirada en el martirio real de Luis Espinal—. El trasfondo del secuestro radica en que el religioso posee información incriminatoria y comprometedor que vincula de forma directa a los altos mandos militares con las redes del narcotráfico.

Al respecto, la novela introduce un agudo contraste geopolítico y ético a través del diálogo de sus personajes: “En Argentina los milicos son fachos, y si les proponés un negocio de droga por ahí te mandan a fusilar” (Recacoechea, 1994: 80). Esta afirmación resulta crucial, pues devela que el vínculo orgánico entre la dictadura militar boliviana y la economía del narcotráfico constituyó una particularidad histórica regional. Asimismo, esta complicidad devela la ausencia absoluta de convicciones ideológicas por parte de quienes detentaban el poder soberano, configurando lo que podríamos denominar una desubjetivación retorcida e institucionalizada.

El descenso definitivo hacia la exclusión jurídica se materializa cuando Escandell es trasladado al Matadero de Achachicala. En este tétrico espacio clandestino, el esbirro Bompiani ejecuta su labor, ensañándose a lo largo de toda una noche contra la humanidad del sacerdote con el uso de un destornillador. El Matadero funciona aquí como el espacio de excepción por excelencia: un paraje donde el cuerpo torturado se erige en la evidencia física y tangible de que la existencia biológica ha quedado desamparada por cualquier vestigio legal.

Por otra parte, la novela *El caldero* (1975) de Gilfredo Carrasco ofrece un tratamiento complementario de esta violencia estructural al retratar la muerte del estudiante Sergio, primo del protagonista, en plena vía pública. Este suceso encarna la “remezón desubjetivadora” que el Estado ejerce sobre la sociedad civil al emplear armamento de guerra y tácticas de combate frontal contra la población. Formalmente, Carrasco estructura el relato mediante constantes saltos temporales que quiebran la linealidad cronológica, anticipando el desenlace de la diégesis desde las primeras páginas del texto.

En este contexto de asfixia, resalta el contraste entre las trayectorias de sus protagonistas. Sergio, impulsado por una sólida subjetivación ideológica, perece combatiendo en las calles por la causa revolucionaria en la que creía fervientemente. En contraposición, Alejandro anhela una existencia pacífica y desmarcada del conflicto tras haber acumulado profundas desilusiones en su trayectoria vital; no obstante, el curso de la represión lo arrastra de manera inevitable hacia el compromiso político. Hacia el final de la obra, Carrasco sintetiza esta transformación en una línea reveladora: “Alejandro se sintió capaz de luchar toda su vida por una de esas ideas que los hombres inventan para morir” (Carrasco, 1975: 246). Esta sentencia expone las tensiones internas del militante, atrapado entre el deseo de resguardar su individualidad y la imperiosa necesidad de sumarse a la resistencia clandestina frente a un Estado biopolítico que reduce los cuerpos de los ciudadanos a la condición de *homo sacer*.

Por otro lado, en *Los vulnerables* (1973) de Gaby Vallejo de Bolívar se observa este desplazamiento a la condición de *homo sacer* de los protagonistas

o mediante una polifonía estructurada a partir de tres hilos conductores: las operaciones de la célula subversiva denominada “Terrorismo y libertad”, las peripecias de un grupo de estudiantes de secundaria afiliados a la Federación de Estudiantes de Secundaria (FES) que terminan vinculados a dicha organización, y la mirada de María, quien oficia como la narradora indirecta que articula los acontecimientos. A través de este entramado, la autora examina los procesos de subjetivación armada de la izquierda, evidenciando que la resistencia también edifica sus propias lógicas de poder y sus dogmas doctrinales.

Dentro de la célula clandestina destacan las figuras de Antonio y Rita, quienes ejecutan atentados con explosivos en la urbe, siguiendo las directrices de Félix, un dirigente espectral cuya identidad desconocen por completo. Cuando la dinámica de la violencia se descarrila, uno de los integrantes resulta herido y detenido por las fuerzas policiales, obligando al resto de los militantes a dispersarse en la clandestinidad. Antonio, el conductor operativo del grupo, arrastra un pasado de marginalidad: hijo de una trabajadora del hogar, quedó en la orfandad absoluta tras el deceso de su madre, un trauma que lo empujó inicialmente hacia el sindicalismo socialista y, posteriormente, hacia la vía armada. En este trayecto de militancia, surge un lazo afectivo con Rita, una joven proveniente de estratos adinerados que instrumentaliza el activismo político como un vehículo de ruptura frente al mandato de su entorno familiar.

A pesar de la proximidad que propicia el peligro de la militancia, ambos personajes son incapaces de verbalizar abiertamente sus sentimientos (Vallejo de Bolívar, 1983: 90). En este punto ciego del relato se hace visible otra forma de violencia que opera de manera paralela a la represión militar: el racismo de carácter colonial. La barrera invisible que proscribe este romance no es únicamente de orden político, sino sociorracial; Antonio encarna al sujeto popular y subalterno, mientras que Rita proviene de la rancia élite económica de la ciudad.

Tras ser detectados por las fuerzas de seguridad del régimen, la separación definitiva cataliza el colapso biológico y psicológico de Antonio. Refugiado en la precariedad de la vida clandestina, experimenta un proceso de desubjetivación drástico caracterizado por el hambre, la anemia y el aislamiento absoluto, sosteniéndose únicamente por el anhelo de reencontrarse con Rita. Forzado por la hostilidad del entorno, abandona su refugio seguro con el propósito de contactar a Félix en los predios universitarios. No obstante, antes de consumir la cita, es interceptado y acribillado por una ráfaga de ametralladora. Rita, testigo presencial del ataque, acude a su auxilio en medio del llanto; sin embargo, en un último acto altruista destinado a salvaguardar la integridad de la mujer, Antonio niega rotundamente conocerla ante la mirada de los captores.

El examen de estas novelas nos permite concluir que este corpus literario de la represión se distancia significativamente de las narrativas panfletarias o de los discursos épicos triunfalistas. Sus protagonistas son individuos profundamente vulnerables, cercados por un entorno hostil donde confluyen el terrorismo de Estado, la precariedad socioeconómica y el racismo endémico. En última instancia, estas obras revelan la compleja encrucijada del sujeto frente a la violencia biopolítica, mostrando cómo las propias ideologías colectivas, si bien dotan de sentido inicial a la resistencia, terminan transformándose en prisiones simbólicas que anticipan el trágico destino de sus portadores.

b) La doble exclusión

Un aporte fundamental de las fuentes analizadas consiste en que el esquema mayor de violencia no se agota en la represión militar, sino que identifica una desubjetivación anterior, radicada en el racismo y el colonialismo interno. En tal sentido, la pulsión inicial para organizar una lectura sobre la literatura de la dictadura suele ser dicotómica: izquierda contra derecha, los buenos contra los malos, los fascistas en oposición a los izquierdistas. Sin embargo, la revisión detenida de los textos y de aquello que narran nos arrojó pistas sugerentes que completizan esta visión binaria.

En novelas como *Los vulnerables* (Gaby Vallejo de Bolívar) y *Después de las calles* (René Poppe) es posible identificar que los procesos de subjetivación autoritaria de los personajes literarios se manifiestan tanto en la izquierda como en la derecha. Pero lo más llamativo –y constitutivo de la hipótesis central– es que a la desubjetivación provocada por la violencia militar se le añade una desubjetivación anterior y estructural: el racismo. Así, la novela militante en Bolivia explora este componente que, aunque no es perceptible a primera vista, comienza a proliferar en los ejemplos una vez que se toma conciencia de él. Resulta interesante observar cómo el racismo se entrecruza no solo con el autoritarismo militar, sino también con el autoritarismo de izquierda. Esta exploración, que reconocemos como preliminar, será desarrollada con mayor profundidad en una lectura ulterior.

Por ejemplo, en *Los vulnerables*, de Gaby Vallejo de Bolívar, Antonio y Rita militan en el mismo grupo subversivo, pero su amor está proscrito por una “barrera invisible” de clase y raza. Antonio, hijo de una empleada doméstica, es finalmente abandonado por sus propios compañeros de lucha, quienes lo consideran un “peón” sacrificable. Este episodio revela, de manera elocuente, que el autoritarismo de izquierda también puede reproducir la lógica de la *nuda vida* –esto es, la vida desposeída de toda protección política– basada en prejuicios sociales y en una jerarquía racializada.

Mientras que, en *Después de las calles*, de René Poppe, Jorge, el protagonista de origen humilde, inhibe su propia subjetividad al compararse con sus compañeros universitarios “blancoides”. La novela denuncia que incluso en la universidad que resiste a la dictadura, el racismo y el clasismo operan como una determinación estructural que segrega a los sujetos populares. El título *Después de las calles* implica una doble referencia: por un lado, alude a lo que hacen los universitarios después de las marchas de protesta contra la dictadura –esto es, vivir sus vidas particulares y continuar con sus estudios–; por otro lado, remite a la decisión final del protagonista, quien opta por marchar a la guerrilla como una forma de trascender la lucha estrictamente universitaria. En medio de esta trama, se intercalan episodios referentes a un tiempo anterior, cuando el personaje principal se enamora de una colegiala a la que sigue silenciosamente por las calles durante meses, hasta que pierde su rastro a consecuencia del contragolpe militar. Pero Jorge sabía que no pertenecía a su clase social, y esa certeza inhibe totalmente su subjetividad:

Me encontraba, como diríamos, al mismo nivel que el hijo de la cocinera de su casa. Siendo así era imposible acercarme y decirle Viki quiero ser tu amigo. Sabía que ella me miraría con sorpresa, se fijaría en mis ropas rotas, sucias, en mis calzados de otro, tan grandes en mi figura tan graciosa a lado de ella. (Poppe, 1971: 132)

De esta manera, junto con la problemática central de la dictadura, se van develando otros aspectos de la sociedad boliviana, como el colonialismo interno –para usar la conocida expresión de Silvia Rivera–. Se narran escenas y acciones más cruentas, como aquella en la que unas chicas provenientes de las laderas de la ciudad, de extracto popular, que habían sido seducidas por los universitarios, son expulsadas de la oficina del Centro de Estudiantes, por negras (*ibid.*: 30), Poppe ilustra el clasismo social de los propios socialistas. Con ello revela una determinación estructural que pocos se animan a identificar: la persistencia del racismo y la jerarquía de clase, incluso en los espacios que se autoperciben como emancipatorios. Revelando que incluso en la militancia de izquierda se preserva otra violencia, la estructural, la racial.

c) La desideologización y el estado mafioso

En este esquema interpretativo, el estado de excepción no cumple únicamente la función de eliminar al enemigo político, sino que se articula también como un dispositivo para el lucro ilícito, dando lugar a lo que podríamos denominar dictaduras “desideologizadas”. En estos regímenes, el poder se ejerce sin principios éticos, y la violencia se vuelve indistinguible del negocio. Ahora bien, aunque la adscripción ideológica de los autores y

los textos analizados se decanta mayoritariamente por la izquierda, algunos discursos no vacilan en exponer las contradicciones éticas de esa misma tradición política, enriqueciendo de ese modo la textura literaria.

Por otro lado, resulta notable, por ejemplo, la forma en que Alejandro, el personaje principal de *El caldero*, descrea inicialmente de las luchas políticas de izquierda. Sin embargo, un momento antes de su muerte y con la intención de salvar a su primo, decide creer y se siente capaz de luchar, como ya lo habíamos citado antes. Ese pasaje revela una tensión central: la posibilidad de la creencia incluso en quien ha sido despojado de toda certeza ideológica.

Un factor de distorsión particularmente relevante en el contexto boliviano es la presencia del narcotráfico en concomitancia con los aparatos militares. Este fenómeno revela que, en muchos sentidos, la lucha de los actores represores no es ideológica sino económica. Es llamativo, en este sentido, el comentario del paramilitar argentino en *Toda una noche la sangre*, cuando increpa a Sivalic y le señala que en Argentina los militares son fascistas y que resulta casi imposible involucrarlos en temas de drogas. De este modo, a un problema que en apariencia es ideológico se introduce –como una sutil forma de contrastación con la realidad– este tema nacional tan recurrente. Quizá no era posible abstraer la presencia del narcotráfico porque siempre estuvo latente; y puesto que esta literatura es, en parte, ficción y, en parte, testimonio, tuvo necesariamente que incorporarlo a la narración.

Manuel Irigoyen, el protagonista de *La mala sombra*, de Juan de Recacoechea, atraviesa un proceso de resubjetivación que ilustra con claridad la lógica del estado mafioso. Pasa de ser un intelectual de izquierda perseguido a convertirse en un empresario vinculado al narcotráfico bajo la dictadura de Banzer. Su trayectoria muestra cómo el estado de excepción cierra las puertas legales y orilla a los sujetos hacia la complicidad con el régimen mafioso como única vía de supervivencia y estabilidad económica. El título *La mala sombra* alude tanto a la mala suerte que persigue al protagonista como al padrinazgo político y mafioso que termina definiendo su “afortunado” destino. Recacoechea retrata a Irigoyen como un antihéroe que, a pesar de su éxito material, queda moralmente comprometido por su participación en actividades ilícitas. La novela, lejos de ser moralista, presenta una crítica incisiva de cómo las dictaduras desideologizadas priorizan el lucro sobre cualquier principio ético, mostrando un sistema en el que el poder se ejerce sin restricciones y la subjetividad de los personajes se ve moldeada por la corrupción y la violencia.

Esta situación se hace más evidente en *Toda una noche la sangre* de Juan de Recacoechea. Novela narrada desde la perspectiva de Antonio Silavic, miembro de un grupo paramilitar de ideología extrema y descendiente de un croata fascista. Convencido de su causa fascista, resulta evidente que tanto

él como otros jóvenes que apoyaban estos regímenes fueron manipulados por los jerarcas políticos, quienes los convirtieron en adictos al alcohol y las drogas para mantenerlos bajo control y facilitar las violentas represiones que ejecutaban. Como ya lo contamos, está involucrado en el asesinato de Escandell, Luis Espinal, y queda visiblemente horrorizado por la crueldad desmedida. Sus empleadores lo obligan entonces a huir a la Argentina, le ofrecen dinero, pasajes y contactos. Sin embargo, su destino está sellado por su debilidad expuesta: al final de la novela es asesinado por sus propios contratistas para silenciarlo. Este desenlace muestra cómo incluso los colaboradores más leales se convierten en víctimas de la máquina represora, siendo reducidos a lo que Giorgio Agamben denomina *nuda vida* (2003: 157): una existencia despojada de toda protección política y jurídica, expuesta a la violencia soberana sin mediación alguna.

Apuntes finales

De este modo, la literatura de la represión en Bolivia, en tanto parte de un fenómeno latinoamericano más amplio, incluso por su vinculación con el Plan Condor, merece un análisis más exhaustivo del que hasta ahora no se ha realizado. Este corpus no solo refleja un período histórico turbulento, también funcionó como medio de resistencia cultural y de construcción de memoria colectiva. Un estudio más amplio que incluya diversos géneros literarios e incluso las artes visuales y la música podría ofrecer un panorama más amplio y una comprensión más profunda de cómo la cultura boliviana ha procesado y representado este capítulo oscuro de su historia.

En tal sentido, obras completas, como las de René Poppe, se ubican, siguiendo la caracterización de Ortega, “a caballo entre la ficción y el testimonio”, rescatando las voces de quienes salían a la calle “con el testamento bajo el brazo”. De ese modo, la trama de su novela —publicada el mismo año en que se iniciaba la dictadura de Banzer— describe la ruptura del orden jurídico y las formas en que los estudiantes universitarios lo resistieron. Si bien podría generarse la impresión de que se está mezclando dato real con ficción, resulta necesario comprender que esta literatura, precisamente, se define por habitar esa zona de indistinción entre ambos registros.

Al narrar lo que ocurría “por debajo” de lo evidente —la tortura, el miedo y la vida cotidiana en las aulas—, estas obras se desbancan del horizonte puramente ficcional, es indudable su cercanía al testimonio, habida cuenta de que muchos de estos escritores militaban en los grupos universitarios contestatarios a la dictadura. En esta línea, Prada señala que “la violencia de su correspondiente abordaje literario convierte al escritor en militante de

arma sutil que va minando poco a poco el terreno de las letras bolivianas” (Prada, 1985: 58). Por su parte, Alfredo Medrano, en la introducción a *El Quijote y los perros* (1979), describe una “cadena antagónicamente simbiótica” entre represión y literatura. Argumenta que, mediante el compromiso político, los escritores pueden “desacralizar la literatura y devolverla a su condición humana” (Medrano, 1979: 12). Resulta interesante observar que la crítica muestra cómo una parte de la literatura de este período retoma los acontecimientos en su contexto, una suerte de naturalismo, esa urgencia tan cuestionada y tan conjurada.

Por otro lado, Luis H. Antezana logra identificar el tema común que articula estas novelas y muchas otras de su época: “en la ciudad de la novela boliviana, como en ciertos procesos del inconsciente freudiano, los procesos latentes, los hechos insignificantes, todo lo que ocurre ‘por debajo’ de lo evidente reviste especial importancia” (Antezana, 1985: 49). La búsqueda de un sentido en la vida, el ansia de algo trascendente, marcan a los protagonistas y héroes de las novelas que Antezana describe. Siguiendo su pista, consideramos que un elemento que torna especialmente interesantes a estas novelas es que, en su mayoría, los personajes principales son jóvenes. Este rasgo revela un relevamiento generacional, particularmente significativo si se compara con la larga tradición literaria boliviana, que ha tendido a proponer con mayor frecuencia personajes adultos como ejes de la narración. De ese modo, jóvenes y ciudad se transforman en un rasgo recurrente de la literatura de la represión o, por lo menos, de este corpus, aunque también de la literatura del período, como apunta Antezana.

La literatura boliviana de la dictadura no debe ser leída únicamente como un testimonio político de denuncia, sino como un espacio de exploración de las contradicciones más profundas de la sociedad nacional. Allí donde el discurso político tiende a simplificar, la novela introduce matices: muestra al militante de izquierda que reproduce el racismo, al represor que es desechado por sus propios cómplices, al estudiante que descubre en la universidad las mismas jerarquías que dice combatir. Se trata, por lo tanto, de un corpus que exige un análisis más exhaustivo —que incluya otros géneros y las artes visuales— para comprender cabalmente cómo la cultura boliviana ha procesado y representado uno de los capítulos más oscuros y complejos de su historia reciente. Las preguntas que quedan abiertas, y que futuras investigaciones deberán abordar, son: hasta qué punto estas narrativas lograron trascender la ficción?; realmente pudieron plasmar en sus páginas la memoria colectiva del país?; ¿lograron interpelar a la sociedad en su conjunto aún a costa de mostrar su racismo y clasismo insertos?

Bibliografía

- Agamben, G. (2003). *Estado de excepción. Homo sacer, II, I*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- Antezana J., L. H. (1985). La novela boliviana en el último cuarto de siglo. En J. Sanjinés (Ed.), *Tendencias actuales en la literatura boliviana* (pp. 27-54). Minneapolis y Valencia: Institute for the Study of Ideologies and Literature.
- Cáceres Romero, A. (1973). Guía para el profesor y el alumno. En G. Vallejo de Bolívar, *Los vulnerables*. Cochabamba: Editorial Los Amigos del Libro.
- Cárdenas, C., Gonzales, G., Rocha, O., & Velásquez, M. (Eds.). (2011). *Literatura y democracia: Novela, cuento y poesía en el periodo 1983-2009* (2 tomos). La Paz: Carrera de Literatura UMSA, IIL/Gente Común.
- Cárdenas Plaza, C. (2011). "Literatura boliviana contemporánea y la cultura de la democracia: Novela, cuento y poesía". En C. Cárdenas, G. Gonzales, O. Rocha & M. Velásquez (Eds.), *Literatura y democracia: Novela, cuento y poesía en el periodo 1983-2009* (2 tomos). La Paz: Carrera de Literatura UMSA, IIL/Gente Común.
- (2012). "El indio en el terror político. Una lectura de 'El Quijote y los perros'". En *La luz de la memoria. Arte y violencia política*. La Paz: FCBCB/ Museo Nacional de Arte/HGMLP/UNIR/Fundación Solón.
- (2022). "Del tiempo de las dictaduras: cinco novelas de la generación de la represión política". *Estudios Bolivianos*, (35).
- (2023). "Cuando la violencia se vuelve cotidiana: explorando las esferas contaminadas en las novelas estudiantiles sobre la dictadura". *Estudios Bolivianos*, (36).
- Carrasco R., G. (1975). *El caldero*. La Paz: Casa Municipal de la Cultura.
- Cerruto, Ó. (1958). *Cerco de penumbras*. La Paz: Ministerio de Educación.
- Foucault, M. (2019). *Microfísica del poder*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Medrano, A. (1979). "Literatura, testimonio y política". En N. Taboada Terán (Ed.), *El Quijote y los perros, antología del terror político* (pp. 11-17). Cochabamba: Editorial Universitaria UMSS.
- Ortega, J. (1980). "La literatura latinoamericana en la década del 80". *Revista Iberoamericana*, 46(110), 161-165.
- Oswald, F. (2008). *Testimonial literature of the dictatorships: Argentina, Bolivia, Chile and Brazil. A comparative study* (Tesis doctoral). Riverside: University of California.

- Poppe, R. (1971). *Después de las calles*. Oruro: Colección Popular.
- (1979). *El paraje del Tío y otros relatos mineros*. La Paz: Ediciones Piedra libre.
- (1983). *Narrativa minera boliviana*. La Paz: Ed. Populares Camarlinghi.
- Prada, A. R. (1985). “El cuento contemporáneo de la represión en Bolivia”. En J. Sanjinés (Ed.), *Tendencias actuales en la literatura boliviana* (pp. 55-74). Minneapolis y Valencia: Institute for the Study of Ideologies & Literature; Instituto de Cine y Radio-Televisión.
- Quiroga Santa Cruz, M. (1957). *Los deshabitados*. La Paz: Talleres Gráficos Bolivianos.
- Recacoechea, J. (1980). *La mala sombra*. Cochabamba: Editorial los Amigos del Libro.
- (1994). *Toda una noche la sangre*. La Paz: Librería Editorial Juventud.
- Sanjinés C., J. (1992). *Literatura contemporánea y grotesco social en Bolivia*. La Paz: Fundación BHN.
- Schmitt, C. (1999). *La dictadura: desde los comienzos del pensamiento moderno de la soberanía hasta la lucha de clases proletaria* (J. Díaz García, Trad.). Madrid: Alianza Editorial. (Trabajo original publicado en 1921)
- Taboada Terán, N. (Ed.). (1979). *El Quijote y los perros, antología del terror político*. Cochabamba: Editorial Universitaria UMSS.
- Vallejo de Bolívar, G. (1973). *Los vulnerables*. Cochabamba: Editorial los Amigos del Libro.
- Zavaleta Mercado, R. (2008). *Lo nacional-popular en Bolivia*. La Paz: Plural. (Trabajo original publicado en 1986)